

caballos necesitaban una trotada, invitó á Graciña: «Vámonos mañana á la Torre en el faetón.»

— Además de eso necesitaba hablar contigo, Gonzalo. He tenido grandes disgustos. . .

— ¿Cómo disgustos? ¿Disgustos por qué?

Barrolo, con las manos en los bolsillos del pantalón, de franela, contempló las flores de la alfombra melancólicamente.

— Es una desgracia esto de que nadie pueda confiar en nadie. Ni tener familiaridades.

Gonzalo pensó en Cavalleiro y en Graciña, mostrando descaradamente en los Cuñaes, como en otro tiempo entre los árboles de la Torre, el sentimiento que los dominaba, y presintió un desahogo, alguna queja triste del pobre Barrolo, amargado por las sospechas, tal vez por las intimidades que espiara. Todas las dificultades de la vida parecíanle ahora, después de la batalla, fáciles de vencer.

— Entonces, Barrolo, ¿sucedíote alguna pe-ripecía?

— Recibí una carta.

Barrolo desabotonó gravemente la chaqueta, sacó del bolso interior una cartera de cuero verde y lustroso con monograma de oro. Mostróselá á Gonzalo con satisfacción:

— Bonita, ¿eh? Presente de Andrés . . . Creo que hasta la mandó venir de París. El monograma tiene mucho *chic*.

Gonzalo esperaba. Por fin, Barrolo sacó de la

cartera una carta. Era un papel pautado y una letra menudita, que inmediatamente conoció el hidalgo, declarando con seguridad:

— Es de las Louzadas.

Y leyó serenamente:

«Excelentísimo señor José Barrolo: Vuestra excelencia, á pesar de que todos sus amigos lo apodan *Zé Bacoco*, ha revelado ahora una extraordinaria viveza llamando de nuevo á su intimidad y á la de su digna esposa al gentil Andrés Cavalleiro, nuestro gobernador civil. Con efecto, la esposa de vuestra excelencia, la linda Graciña, que en estos últimos tiempos andaba tan marchita, ha reflorado y ganado colores desde que posee la valiosa compañía de la primera autoridad. Se ha portado, pues, vuestra excelencia como marido celoso de la felicidad y buena salud de su interesante esposa. No parece rasgo de aquel á quien toda Oliveira considera como su más ilustre imbécil. Nuestra sincera enhorabuena.»

Gonzalo guardó muy sosegadamente en el bolsillo aquella carta, que días antes hubiera sido causa de infinita amargura.

— Es de las Louzadas. ¿Y tú diste importancia á semejante babosería?

Barrolo contestó con los carrillos abrasados:

— Hombre, á mí siempre me disgustan las cartas anónimas. Me molesta esa insolencia al respecto de que mis amigos me llaman *Bacoco*. Es una infamia, ¿eh? ¿Tú lo crees? Yo no lo creo,

pero mete cizaña entre nosotros. No volví al Club. ¡Bacoco! ¿Por qué? Porque soy sencillo, franco y estoy siempre dispuesto á pagar. Si me llaman *Bacoco* por la espalda, son unos ingratos. Pero yo no lo creo.

Caminó por el cuarto con las manos á la espalda. Después, parándose delante de Gonzalo, dijo:

— Lo demás de la carta es tan estúpido que no lo comprendí. Creo que quieren decir que Graciña y Cavalleiro se entienden. Es lo que me parece que quieren decir. Mira tú qué disparate. Hasta la intimidad de Cavalleiro es mentira. El pobre rapaz, desde que comió allí, sólo vino tres ó cuatro veces de noche para jugar al ajedrez con Mendoza... y ahora ha marchado á Lisboa.

Entonces el hidalgo exclamó sorprendido:

— ¿Cavalleiro se fué á Lisboa?

— Hace ya tres días.

— ¿Para estar mucho tiempo?

— Sí, no vuelve hasta mediados de Octubre.

Entró Benito con el jarro de agua caliente y dos toallas. Delante del espejo, Barrolo abotonábase la chaqueta lentamente; se despidió:

— Bien; hasta luego, Gonzaliño. Voy á la caballeriza á ver mis yeguas. Desde Oliveira sin descanso, y ni un pelo sudado. ¿Guardas tú la carta?

— La guardo para estudiar la letra.

Apenas Barrolo cerró la puerta, el hidalgo

recomenzó con Benito la deliciosa historia de la batalla.

— Benito, tráeme el sombrero á ver si la bala le rozó.

Ambos remiraron el sombrero. Benito, en su encarecimiento de la hazaña, hallaba la copa algo aplastada, hasta chamuscada.

— La bala pasó rozando, señor doctor.

El hidalgo negó con la modestia grave de un fuerte:

— No, ni rozando. Cuando el infame soltó el tiro le temblaba el brazo. Debemos agradecersele á Dios, Benito. Realmente corrí gran peligro.

Después de vestido, paseando por el cuarto relejó la carta. Si, era de las Louzadas. Pero ahora su maledicencia, soplada con tan sórdida maldad sobre la cándida idiotéz de Barrolo, no causaba daño, antes bien servía casi benéficamente. Al pobre Barrolo lo único que le impresionaba era el ingrato apodo puesto por los amigos. La otra insinuación terrible, Graciña reverdeciendo al calor amoroso de Cavalleiro, esa ni siquiera la comprendió. Pero la carta, que silbaba sobre el buen Barrolo como una flecha errante, acertaba á Graciña, hería á Graciña en su orgullo, en su impresionable pudor, mostrándole cómo su nombre y hasta su corazón los arrastraba la rastroera murmuración de las Louzadas. Certeza tan humillante no apagaría un sentimiento que no se apagaba con humillaciones más íntimas, más do-

lorosas. Estimularía más su reserva y su desconfiado recato; y ahora que Andrés se marchaba á Lisboa operaría en ella un cambio sordamente, sin que la presencia tentadora neutralizase la influencia sedante y tutelar. Así, aquel papel aprovechaba á Graciña como un aviso pegado en la pared. Gonzalo pensó que en tan dichosa mañana hasta ese mal redundaría en bien.

— Benito, ¿dónde está la señora doña Gracia?

— Subió ahora hace poco á su cuarto, señor doctor.

Era su cuarto de soltera, claro y fresco, sobre el pomar, donde todavía se conservaba su lecho de madera, y un tocador ilustre que perteneció á la reina Doña María Francisca de Saboya, y el sofá y las butacas en que Graciña bordó el azor negro de los Ramires. Siempre que volvía á la Torre, Gracia gustaba de revivir en su cuarto las horas de soltera, revolviendo en los cajones, hojeando novelas inglesas ó contemplando la quinta, tan mezclada á su vida, que cada árbol le susurraba amores y cada rincón de verdura era un rincón de su pensamiento.

Gonzalo subió á este gabinete, donde Gracia regaba, en sus antiguos tiestos vidriados, plantas siempre renovadas y cuidadas por Rosa con cariño.

— ¡Gonzalo — exclamó Gracia gozosa —, qué felicidad venir nosotros á la Torre hoy que te sucedió tamaña cosa!

— Es verdad, Graciña. Por cierto que no me admiré de verte; me pareció que aún vivías aquí. A quien extrañé fué á Barrolo. En el primer momento, pensé: «¿Pero qué diablo hace aquí Barrolo?» Es curioso, ¿eh? Fué tal vez porque después de la lucha me sentí remozado con sangre nueva y me creí en el tiempo en que deseábamos una guerra.

Ella reía recordando esos ensueños heroicos; y con el vestido recogido entre las rodillas siguió el lento riego de sus tiestos, mientras Gonzalo, recostado en el balcón, contemplaba la Torre, absorto otra vez en la idea de una concordancia más íntima, que desde aquella mañana se estableciera entre él y aquel resto heroico de Santa Ireneia, como si su fuerza, tanto tiempo quebrada, se soldase, en fin, firmemente á la fuerza secular de su raza.

— Gonzalo, debes de estar muy cansado.

— No, cansado no. Con hambre y con sed estupendas.

— El almuerzo no tardará. Anduve trabajando con Rosa en la cocina en una pescada á la española. Es una receta nueva del barón de las Marges.

— Entonces, sosa como él.

— No, está picante: fué el señor vicario general quien se la enseñó.

— ¿Y por Oliveira?

— Por Oliveira nada... Mucho calor.

— Yo sé únicamente de las Louzadas, tus amigas. Continúan en plena actividad. . .

— ¿Las Louzadas? No las he visto.

Gonzalo sacó vivamente del bolsillo la carta que guardaba, y que ahora le pesaba como una chapa de hierro.

— Mira, Graciña. Vale más que te lo diga. Ahí tienes lo que hace días le escribieron á tu marido. . .

Graciña devoró las líneas terribles, y en una aflicción desesperada murmuró:

— Gonzalo, pues. . .

— No, Barrolo no le dió importancia. Lo tomó á risa, y yo también me reí cuando me entregó ese papelucho; y la prueba de que lo consideramos como una murmuración insensata es que te lo nuestro francamente.

Ella arrugaba la carta con las manos trémulas, pálida y enmudecida por el espanto, reteniendo grandes lágrimas que rebrillaban.

Gonzalo, conmovido, dijo con gravedad y ternura:

— Tú, Graciña, sabes lo que son las tierras pequeñas. Sobre todo, Oliveira. Necesitas mucho cuidado, mucha reserva. Yo tengo la culpa. Reanudé relaciones que nunca debieron de reanudarse. Bien me he arrepentido. Y por causa de esa situación falsa y tan peligrosa, que yo creé livianamente, pasé días amargos. Ni me atrevía á volver á Oliveira. Hoy, no sé por qué, después

de esta aventura, parece que todo desapareció. Por eso me desahogo serenamente.

Desatóse Graciña en un llanto en que toda su alma se deshacía. Con redoblada ternura la abrazó Gonzalo; y con ella refugiada en el pecho, le aconsejó dulcemente:

— Graciña, el pasado murió, y todos necesitamos que continúe muerto. Por lo menos, que por fuera aparezca como bien muerto. Soy yo quien te lo pido por nuestro nombre.

Entre los brazos del hermano ella gimió con infinita humildad:

— ¡Pero si hasta se marchó ahora! No quiso estar más en Oliveira.

Gonzalo acaricióle la cabeza, que de nuevo se escondió en su pecho, y contra él se apretaba como buscando la fresca misericordia que dentro sentía brotar.

— Lo sé, y eso me demuestra que has sido una mujer fuerte. Pero necesitas mucha reserva. Ahora sosiégate. No hablemos más, nunca más de este incidente. Porque fué tan sólo un *incidente*.

— Gonzalo, ¿pero tú crees. . . ?

Él volvió de nuevo á abrazarla, besándole la cabeza lentamente.

— Yo creo que tú vas ahora á mostrar mucha dignidad, mucha firmeza.

Marchó rápidamente, cerrando la puerta. En la escalera, estrecha, escasamente alumbrada por

la luz opaca de una claraboya, se limpió los párpados, cuando tropezó con Barrolo, que buscaba á Graciña.

— Graciña ya baja — dijo atropelladamente el hidalgo —. Está lavándose las manos. Ya baja. Pero antes del almuerzo vamos á la caballeriza. Debemos una visita á la yegua, á esa querida yegua que me salvó.

— Es verdad, ¡caramba! — asintió Barrolo—. Debemos visitar la yegua, grande y briosa, ¿eh? Pero apuesto que quedó más sudada que las mías. Trotando desde Oliveira hasta aquí y ni un pelo mojado.

En la caballeriza acariciaron á la yegua. Barrolo mandó que se le diese una ración abundante de cebada. Después, para dar tiempo á que Graciña se calmase, el hidalgo arrastró á Barrolo hacia el pomar y la huerta.

— Tú no vienes á la Torre hace cerca de seis meses, Barroliño. Necesitas ver y admirar grandes progresos. Anda ahora trabajando por aquí Pereira el de la Riosa.

— Grande hombre el de Pereira. Pero tengo un hambre, Gonzaliño. . .

— También yo.

Daba la una cuando entraron en el comedor, donde la mesa esperaba florida, y Graciña recordaría pensativa la vieja *Gaceta de Oporto*. A pesar de que estaba ya calmada, sus ojos conservaban algún ardor, y para justificarse se lamentó

de padecer jaqueca. Eran las emociones, el peligro de Gonzalo.

— También yo tengo dolor de cabeza — declaró Barrolo rondando la mesa —. Pero el mío es de hambre; estoy desde las siete de la mañana con una taza de café y un huevo pasado por agua.

Gonzalo tocó la campanilla á tiempo que por la puerta vidriera entraba Joaquín, despavorido, de vuelta ya de Graiña.

Gonzalo preguntóle interesado:

— ¿Qué hay?

— Pues allí estuve, mi señor — exclamó Joaquín —. Ya todo el mundo lo sabe. Va para allá mucha gente. Una rapacina de los Bravaes viólo todo desde dentro del casal. Después se dijo en todas partes. El viejo, el tal Domíngues que mora en la casa, marchó con el hijo. El rapaz, á lo que dicen, poco herido. Si cayó sin sentido fué por el susto. El Ernesto de Nacejas, ése sí; ése tiene bastante. ¡Santo nombre de Dios! Lleváronlo á casa de un compadre que vive al pie, en la Arribada. Parece que queda sin oreja. Por aquellos sitios era el jay, Jesús! de las mozas. Luego lo llevarán al hospital de Villa-Clara, porque en casa del compadre no pueden curarlo. Todos dan la razón al hidalgo. El tal Domíngues era un pillete, y á Ernesto nadie lo podía tragar; pero le tenían miedo. El hidalgo hizo una limpieza.

Gonzalo resplandecía. Parecióle bien que no

ocurriese daño más fuerte que el tocante á la belleza del don Juan de Nacejas.

— ¿Y entonces el pueblo anda hablando y mirando el sitio?

— Sí, anda mirando la sangre y las piedras; y ahora hasta cuentan que fué una asechanza y que le descerrajaron tres tiros al hidalgo, y que más tarde, en el pinar, le asaltaron tres hombres enmascarados, á quienes mi señor apaleó.

— Es la leyenda que se forma — declaró Gonzalo.

Benito apareció con una fuente humeante. El hidalgo mandó que Rosa abriese para el almuerzo de la familia dos botellas de Oporto viejo. Después murmuró gravemente: «Pensemos un momento en Dios, que me sacó hoy de un gran peligro.»

Barrolo inclinó la cabeza reverente. Graciña, después de un breve suspiro, musitó una leve oración.

Desdoblaban las servilletas; Gonzalo se desahacía en ponderaciones loando la pescada á la española cuando el pequeño Crispulo empujó la puerta vidriera con un telegrama que venía de la Villa. La inquietud detuvo los tenedores. ¡La mañana había transcurrido con tantas agitaciones y espantos! . . . Pero ya una sonrisa de gusto y de triunfo se esparcía por la faz fina de Gonzalo.

— No es nada; es de Castañeiro, por los capítulos de la novela que yo le mandé.

Y recostado en la butaca recitó lentamente el telegrama: «Capítulos novela recibidos. Lectura hecha á amigos, entusiasmo. Verdadera obra maestra. Abrázole.»

Barrolo, con la boca llena, batió palmas, y Gonzalo, sin reparar en la fuente de merluza que Benito le presentaba, llenó la copa de vino verde con un vago temblor y una sonrisa dichosa.

Á pesar de las insistencias de Graciña y de Barrolo, Gonzalo no los acompañó á Oliveira. Quería terminar esta semana el último capítulo de la novela y las visitas á los electores influentes del distrito, rematando así la obra de arte y la obra de la política.

Por la noche volvió á coger el manuscrito de la novela y al margen puso una nota: *Hoy en la feligresía de Graiña tuve una batalla terrible con dos hombres que me asaltaron y á quienes castigué severamente.* . . Después siguió la novela en el momento en que Tructesindo Mendes Ramires penetraba en el campamento de don Pedro de Castro.

Con grave amistad acogió el viejo hombre de guerra á aquel su primo de Portugal. Después, en la gran tienda reluciente de armas, tapizada de pieles de león y de oso, Tructesindo contaba la muerte de su hijo Lorenzo, herido en la lid de Canta-Piedra y apuñalado por el Bastardo frente á los muros de Santa Ireneia. Indignése el viejo Castro; por vida de Cristo, que en sesenta años

de armas y de asechanzas nunca supiera de hecho más vil; y estrechando la mano del señor de Santa Ireneia, le ofreció su hueste entera.

— ¡Hermosa hueste, por Santa María! —, gritó Mendo de Briteiros, con las barbas rojas flameando de placer.

Mas don García Viegas, entendía que para cogér el Bastardo vivo servirían mejor unos cuantos caballeros con algunos hombres de á pie.

— ¿Por qué, don García?

— Porque el Bastardo, después de aligerarse de gente, correría á acogerse á la hueste real. Esa noche seguramente paraba en el solar de Landim, y con el lucir del alba galoparía por el viejo camino de Miradaes, que trepa las lomas del Caramulo. Él, García Viegas, conocía un poco más allá del Pozo de la Olvidada cierto paso donde, con algunos ballesteros bien apostados, cazarían á Lopo de Bayao.

Tructesindo, inseguro y pensativo, metía los dedos por los hilos de la barba. El viejo Castro dudaba, prefiriendo que se diese batalla en campo bien liso, bien llano. Entonces García Viegas se explicó á sus primos de España y de Portugal. Del castillo de Landim marcharía al amanecer el Bastardo. Por allí, cuando la luna saliese, irían ellos con veinte caballeros de los Ramires y de los Castros.

— Famosa traza — murmuró Tructesindo convencido.

— ¡Vida de Cristo! — gritó don Pedro de Castro —, que si mi tío abuelo Gutierrez hubiera tenido aquí por caudillo al señor don García, no se le hubiesen escapado los de Lara cuando llevaban cautivo al rey á San Esteban de Gormaz. Á caballo, pues, primo y amigo, apenas apunte la luna.

Recogieronse á las tiendas. Ya en las hogueras se doraban los cabritos de la cena, y los siervos acarreaban los pesados odres de vino de Tordesillas.

Con la cena en el campamento, grave y sin ruido, porque el luto velaba los corazones, Gonzalo terminó en esa noche el capítulo IV, poniendo al margen otra nota: *Media noche, día completo: batallé y trabajé*, y después en su cuarto, mientras se desnudaba, trazó todo el alboroto con que el Bastardo caía cautivo á la merced vengadora de los de Santa Ireneia. Pero de mañana, antes del almuerzo, recibió dos telegramas que lo desviaron de la correría contra el Bastardo. Eran de Oliveira: el uno del barón de las Marges, y el otro del capitán Mendoza, con enhorabuena al hidalgo «por haber escapado de tan terrible asechanza destrozando á los de Nacejas». El barón de las Marges añadía: «¡Bravísimo, de héroel!»

Gonzalo, enternecido, mostró los telegramas á Benito. La nueva de la hazaña esparcióse ya por Oliveira.

— Fué el señor don José Barrolo quien lo contó — dijo Benito —; ya verá el señor doctor; hasta en Oporto se van á asombrar.

Al medio día irrumpió por el corredor el inmenso *Titó*, acompañado de Juan Gouveia, que llegó la víspera por la tarde de la costa, y sabiendo la aventura en el Casino corría como amigo á la Torre antes de comparecer como autoridad para el auto. Entonces Gonzalo, en brazos de Gouveia, pidió generosamente «que no se procediese contra los bandidos». El administrador protestó secamente, proclamando el principio del orden y la necesidad de un escarmiento para que Portugal no retrocediese á los tiempos bárbaros de Juan Brandao de Midoes. Él y *Titó* almorzaron en la Torre, y *Titó*, de sobremesa, recordó la conveniencia de un brindis, y bramó el suyo comparando á Gonzalo con el elefante «siempre bueno, que todo lo aguanta y que de repente zas, revienta al mundo». Después Juan Gouveia, encendiendo un cigarro, reclamó la representación verídica de la batalla, con gritos y todo, para compenetrarse bien como autoridad. Entonces Gonzalo contó de nuevo la historia heroica, simulando con un bastón sobre el diván, que terminó por desgarrar, los golpes con que arremetió al de Nacejas. El administrador y *Titó* visitaron en la caballeriza la yegua histórica, y en el patio Gonzalo les mostró dos polainas de cuero secando al sol, lavadas de la sangre que las salpicara.

Delante del portón, Juan Gouveia tocó gravemente en el hombro del hidalgo:

— Gonzalo, usted debe ir esta noche al Casino.

Fué y se le acogió como el vencedor de una batalla. En el billar, el comendador Barrios se obstinaba en que el domingo se celebrase en San Francisco un *Te-Deum* de gracias, que él costearía con orgullo, ¡caramba! A la salida, acompañado por *Titó*, por Gouveia, por Manuel Duarte y por otros socios encontraron á Videiriña, que no pertenecía al Casino, pero que lo rondaba esperando al hidalgo para lanzarle dos trovas del *Fado* improvisadas aquella tarde, y en que lo exaltaba por encima de los otros Ramires de la historia y de la leyenda.

Paráronse en el Crucero, y la bandurria gimió:

Los Ramires de otras eras
Vencían con grandes lanzas:
Este vence con un palo;
Ved cuán extrañas mudanzas.
Es que los nobles Ramires
De la otra generación
Tenían la fuerza en las armas,
Y aqueste en el corazón.

A tan requebrado concepto los amigos rompieron en vivas á Gonzalo y á la casa de Ramires. Recogiéndose á la Torre, pensaba el hidalgo conmovido:

— Es curioso: á esta gente parece que le agrada mi modo de ser.

¡Qué emoción cuando por la mañana lo despertó Benito con un telegrama de Lisboa! Era de Cavalleiro, que «sabiendo por los periódicos atentado, le mandaba entusiástico abrazo por la felicidad y por la valentía».

— ¡Caramba! ¿En Lisboa los periódicos hablan ya, Benito? El caso anda celebrado.

¡Muy celebrado!, porque durante el día, el mozo del Telégrafo, arrastrando su pierna anquilosada, no cesó de empujar el portón de la Torre con otros telegramas, todos de Lisboa, de la condesa de Chellas, de Duarte Lourençal, de los marqueses de Coja *felicitando*; de la tía Louredo con «enhorabuenas al temible sobrino»; de la marquesa de Esposende «esperando que el querido primo haya dado gracias á Dios». El último era de Castañeiro con exclamaciones: ¡Magnífico! ¡Digno de Tructesindo! Gonzalo preguntábase en la biblioteca qué habrían dicho los periódicos.

Acudían también los influyentes de los alrededores; el doctor Alejandrino, aterrado, entreviendo un rëgreso al *Cabralismo*; el viejo Pacheco Valladares de Sá, que no se espantaba de su noble primo, porque sangre de Ramires, como sangre de Sás, siempre hierve; el padre Vicente de la Finta, que con sus enhorabuenas traía un cesto de uvas de moscatel, y por fin, el vizconde

de Río Manso sollozó casi ufano de que la batalla se hubiera dado en la carretera, cuando «el querido amigo, don Gonzalo», se encaminaba hacia la *Varandiña*. Gonzalo abrazaba á todos refiriendo pacientemente la hazaña y acompañaba hasta el portón á aquellos caballeros, que al montar en las yeguas ó al entrar en los coches sonreían mirando la vieja Torre destacándose en la dulce claridad de la tarde de Septiembre, como saludando, á la vez que al héroe, al secular fundamento de su heroísmo. El hidalgo, subiendo hacia la biblioteca, murmuraba: ¿qué habrán dicho los periódicos de Lisboa?

Ni durmió con la ansiedad de devorarlos. Cuando Benito, alborozado, entró con el correo, Gonzalo saltó de la cama y ansiosamente recorrió *El Siglo*, encontrando el telegrama de Oliveira donde daba cuenta de los tiros disparados y del inmenso valor del hidalgo de la Torre. Benito casi le arrebató *El Siglo* de las manos trémulas para ir á darle á Rosa la noticia.

Por la tarde corrió Gonzalo á Villa-Clara, al Casino, para devorar los otros periódicos de Lisboa. Todos contaban la hazaña, todos la celebraban. La *Gaceta de Oporto*, atribuyendo el atentado á la política, ultrajaba furiosamente al Gobierno. *El Liberal Portuense* relacionaba «con ciertas venganzas de los republicanos de Oliveira el pavoroso atentado que casi causó la muerte de uno de los mayores hidalgos de Por-

tugal y de España, y de uno de los más poderosos talentos de esta generación». Los periódicos de Lisboa glorificaban, sobre todo, «la magnífica bravura del señor Gonzalo Ramires». El más ardiente era *La Mañana*, en un verboso artículo (seguramente escrito por Castañeiro), recordando las heroicas tradiciones de la casa ilustre, esbozando las bellezas del castillo de Santa Ireneia, y terminando por afirmar que «ahora se esperaba con mayor ansiedad la aparición de la novela de Gonzalo Mendes Ramires, fundada sobre un hecho de su abuelo Tructesindo en el siglo XII y prometida para el primer número de los *Anales de Literatura y de Historia*, la nueva Revista de nuestro querido amigo Lucio Castañeiro, ese benemérito restaurador de la conciencia heroica de Portugal». Las manos de Gonzalo al desdoblar los periódicos temblaban.

Esta noche, al recogerse á la Torre, Gonzalo encontró una carta perturbadora: era de María Mendoza. «Hasta esta mañana —decía— no supimos el gran peligro que corrió; quedamos *las dos* muy conmovidas; pero al mismo tiempo muy vanidosas de la bravura del primo. Es de un verdadero Ramires. Yo no voy á abrazarlo porque uno de mis pequeños, Neco, está muy constipado; felizmente no es cosa mayor; todos ansiamos ver al héroe. ¿Por qué no viene por aquí mañana á las tres? Daríamos un paseo por la quinta y hasta se merendaría á la buena y vieja

moda de nuestros abuelos. Muchos afectos, *muchos*, de Anica, y créame el primo», etc. Gonzalo sonrió pensativamente. Nunca como entonces la prima le empujaba hacia doña Ana. ¡Ah!, ¿si fuese solamente hacia la alcoba? Pero era también hacia la iglesia, y de nuevo sentía aquel vozarrón de *Titó* junto á la portezuela verde, con la luna llena bañando los olmos negros:

— «Esa criatura tuvo un amante, y tú sabes que yo nunca miento.»

Entonces tomó la pluma, respondiendo á doña María Mendoza: «Querida prima: Gracias por su entusiasmo. No exageremos. Yo no hice más que correr á bastonazos á unos bigardones que me asaltaron á tiros, hazaña fácil para quien tenga, como yo, un bastón excelente. En cuanto á la visita á la *Feitosa*, que me sería tan agradable, no puedo realizarla, con hondo pesar mío. Ando ocupadísimo con mi libro, mi elección y mi mudanza á Lisboa. La hora de los cuidados serios sonó severamente para mí, cerrando los días dulces de los paseos y de los sueños. Presente á la señora doña Ana mis profundos respetos, y con muchos recuerdos para usted y buenos deseos por el restablecimiento de mi querido Neco, espero me crea», etc. Cerró lentamente la carta, y poniendo su sello de armas sobre el lacre verde, pensaba:

— ¡Cómo me robó aquel campechanote de *Titó* doscientos mil duros!

Durante toda esa semana de fines de Septiembre Gonzalo trabajó en el último capítulo de su novela.

Era, por fin, la madrugada vengadora en que los caballeros de Santa Ireneia, reforzados por las más nobles lanzas de la mesnada de los Castros, sorprendían en el bravío desfiladero á los de Bayao. Batalla corta, sin diestro y brioso terciar de armas, más semejante á una montería contra lobos que á una arremetida contra un hijodalgo. Así lo deseó Tructesindo, que se cuidaba más de atrapar á un asesino que de combatir á un enemigo. Antes de lucir el alba, el Bastardo marchaba del castillo de Landim; cantaban ya las totovías cuando él penetró por ese barranco que llaman la *Sima del Moro*, en donde había de ser batido y apresado por los de Santa Ireneia. Foscas y tristes nubes melancolizaban la mañana de Agosto, y á la entrada del valle, bajo la enramada de un castaño, Tructesindo y don Pedro de Castro y García Viegas, el *Sabedor*, decidieron que se daría muerte lenta al Bastardo.

Contando la sombría emboscada con el esfuerzo de quien empuja un arado por tierra pedregosa, gastó Gonzalo esa dulce semana de Septiembre. Ese final le molestaba. El tío Duarte en su poema apenas lo esbozó con esquiva indecisión, como noble lírico que ante una brutal ferocidad suelta un lamento, resguarda la lira y se desvía por sendas más dulces. Al tomar la plu-

ma, también Gonzalo lamentaba que su abuelo Tructesindo no matase al Bastardo en el fragor de la batalla con uno de esos tajos maravillosos que para siempre retiene la Historia. Pero no, que los tres caballeros combinaban con lentitud una agonía terrorífica. Tructesindo deseaba volver á Santa Ireneia y ahorcarlo delante de su Torre; don Pedro de Castro aconsejaba que se extendiese al Bastardo amarrado sobre una angarilla, como puerco por Navidad, á los pies de Tructesindo, y que un caballero le chamuscase las barbas y después otro le sañgrase el cuello lentamente.

— ¿Qué os parece, señor don García?

— Señores y amigos — contestó el *Sabedor* —, tenemos para el Bastardo muerte mejor en el *Pego de las Bichas*, y ni siquiera torcemos camino, que desde allí, por Tordezello y Santa María de Varge, vamos derechos á Monte-Mayor.

Era aquel un lugar de eterno silencio y de eterna tristeza. En esmerados versos le marcó el tío Duarte la desolada aspereza:

Ni trino de ave en susurrante rama,
Ni frescas flores junto al fresco arroyo.
Tan sólo roca y matujal bravío,
Y en medio el *Pego* tenebroso y muerto.

Y cuando los primeros caballeros, desde lo alto de un cerro, lo divisaron en la melancolía de la mañana nublosa, enmudecieron asustados ante

tan áspero yermo, propicio á brujas, fantasmas y almas en pena. Un barranco ondulaba por entre gruesos pedruscos y tojo rastrero, y al fondo negraba el *Pego*, como lámina de estaño herrumbrosa por el tiempo y por el abandono. Tan pesado era el silencio y la soledad, que el viejo don Pedro de Castro, hombre de tantas jornadas, se espantó.

— Feo paraje, y ¡voto á Cristo y á Santa María, que nunca antes de nosotros entró en él hombre redimido por el bautismo!

— Pues, señor don Pedro de Castro— observó el *Sabedor*—, por aquí se movió mucha lanza en tiempos del conde don Suero, y en el de vuestro rey Don Fernando se levantaba una castellanía famosa allá en la ribera.

Mostraba en una orilla del pantano dos pilares de piedra que emergían del agua negra, y que el viento y la lluvia pulieron como mármoles finos. Un pasadizo de traviesas sobre estacas limosas y medio podridas unía á la margen el más grueso de los pilares, y en medio de él pendía una argolla de hierro.

Don García Viegas desmontó, ordenando á seis de sus hombres que bajasen al Bastardo de la mula y lo desnudaran. Tructesindo encaróse con el *Sabedor*:

— ¡Por Dios, don García, que ahogar á ese villano es ensuciar esa agua!

— Sosegáos, sosegáos, que todavía conozco

lo que es una venganza dura: ni ahorcado, ni degollado, ni ahogado, sino chupado; chupado en vida por las sanguijuelas que hay en esa agua negra.

— ¡Vida de Cristo! — exclamó don Pedro de Castro— que tener en la hueste á don García es tener juntamente, para marchas y consejos, á Aníbal y á Aristóteles en un solo hombre.

Súbitamente, á un grito de don García, el cuerpo del Bastardo apareció desnudo. Algunos caballeros corrieron á mirarlo.

El señor de los Pazos de Argelin mofóse de él.

— Cuerpo de manceba sin costura de herida.

El Bastardo cerró los ojos, de donde dos gruesas lágrimas escaparon. El adalid de Santa Ireneia atronaba los cerros con su pregón agudo:

— Justicia, justicia que manda hacer el señor de Treixedo y de Santa Ireneia en un perro asesino; justicia en un perro, hijo de perro, que mató vilmente.

Tres veces pregonó por delante de la hueste apiñada en los cerros. Inmediatamente, á un mandato del *Sabedor*, el cuerpo de Lopo de Bayao fué metido en la laguna con cuerdas que amarraban á la argolla de hierro, tan seguro como un rollo de vela que amarra al mástil. Entonces la atención de la hueste que esperaba gozando en la humillada agonía del *Claro Sol*, entristecía más el silencio del yermo. En las crestas de las rocas, arqueros apostados por el *Sabedor* ata-

layaban hasta más allá de los descampados. Una grulla atravesó graznando. Después un vaho lento agitó las flámulas de las lanzas. Para despertar á las sanguijuelas, algunos peones tiraban piedras al agua lodosa. De repente el cuerpo del Bastardo se estremeció, rompiendo en rugidos, ultrajes y amenazas contra toda la raza de los Ramires y contra el cobarde de Tructesindo. En el agua espesa palpitaban lúcidas y negras las sanguijuelas. Por el cuerpo del Bastardo corría la sangre lentamente.

— Muerte es esta — decía el *Sabedor* alegremente — para contarse en libros, y no habrá este invierno en todos los hogares del Miño y del Duero quien no relate este hecho.

Se acercaba la hora de la ración meridiana. El áspero yermo se animó con aquella faena de campamento, y esparcidos por la sombra del arbolado, á la vera de un regajo claro de donde sacaban agua, la mesnada comía con deliciosa lentitud. Convidado por don Pedro de Castro el viejo *Sabedor*, bebía una calabaza de vino, y sólo el viejo Tructesindo permanecía mudo delante de su pendón, entre sus dos mastines, ante aquel fiero deber de acompañar la agonía del Bastardo.

— ¡Por Dios! — dijo don Pedro de Castro — que tarda en morir el villano.

— Muriendo está, señor don Pedro — replicó don García —, y con el demonio al lado, para llevarlo.

— Id á ver si resta sangre en aquella llaga.

— Muerto, muerto — gritó el caudillo volviendo de palpar la carne lívida.

Estaba muerto, y en algunos sitios relucían aún las sanguijuelas. Dos, enormes, colgaban de una oreja. Otra tapaba un ojo. El *Claro Sol* no era más que una inmundicia que se descomponía, y sólo la madeja de pelo rubio relucía como un rastro de llama dejado por el alma ardiente que había huído.

El caudillo avanzó hacia el señor de Santa Ireneia, gritando:

— Está hecha la justicia que mandaste hacer en el perro matador que murió.

El viejo ricohombre clamó entonces á su vez, con una ronca amenaza que rodó por peñascos y cerros:

— Muerto está, y así muera de muerte infame quien traidoramente me afrente á mí y á los de mi raza.

